

Desamarre. Malestar en lo político y crisis de los discursos: de una posible continuidad entre adicción y nacionalismo*



MARÍA TUIRÁN ROUGEON** Y PHILIPPE CANDIAGO***

Asociación Lacaniana Internacional (ALI), París, Francia

Desamarre. Malestar en lo político y crisis de los discursos: de una posible continuidad entre adicción y nacionalismo

El movimiento social que tuvo lugar en Francia bajo el nombre de “chalecos amarillos” actualiza una vez más el malestar político en la representación. La política, en beneficio de los poderes apoyados por referencias de identidad arcaicas, está surgiendo en casi todas partes del planeta. ¿Estamos presenciando una desarticulación de lo simbólico y lo real? La llamada ciencia moderna ha excluido la enunciación del proceso de validación de sus declaraciones y ha llegado a la obsolescencia de las restricciones del goce instituidas por el Nombre del Padre y el campo del Otro; estas se han empobrecido con el desarrollo de la nueva economía psíquica y la promoción de los goces del cuerpo. ¿El despido de lo político representa el síntoma de una extensión en el vínculo social de recurso a la economía del signo? En consecuencia, el vigor preocupante que encuentran los nacionalismos puede interpretarse como un recurso en un callejón sin salida; ese de proponer el fármaco con este aditivo júbilo, al blandir su solución, para curarnos de “no es eso”, es decir, para eliminar la alteridad al movilizar el veneno de la segregación.

Palabras clave: nombre del Padre, vínculo social, adicciones, nacionalismo, modernidad.

Untying. Malaise in the Political and Crisis of the Discourses: A Possible Continuity between Addiction and Nationalism

The “yellow vest” movement in France once again makes evident the political malaise regarding representation. A political exercise, which benefits powers based on archaic identity references, is emerging almost worldwide. Are we facing a disarticulation between the symbolic and the real? So-called modern science has excluded the enunciation of the process of validation of its statements and has reached the obsolescence of the restrictions to *jouissance* instituted by the Name of the Father and the field of the Other, impoverished by the new psychic economy and the promotion of bodily pleasures. Is the dismissal of the political, the symptom of extending the social bond into resorting to the economy of the sign? Consequently, the worrying invigoration of nationalisms could be interpreted as a type of recourse in a dead-end street: that of proposing, with addictive joy, the pharmacist, as he brandishes his solution, in order to cure us of “that is not it,” in other words, to eliminate alterity by mobilizing the poison of segregation.

Keywords: name of the Father, social bond, addictions, nationalism, modernity.

Déliasion. Malaise dans le politique et crise des discours: d'une possible continuité entre addiction et nationalisme

Le mouvement social qui s'est déroulé en France sous le nom de « gilets jaunes » actualise une fois de plus le malaise politique dans la représentation. La politique, au profit des pouvoirs se soutenant de références identitaires archaïques, émerge un peu partout sur la planète. Assistons-nous à une déliaison du Symbolique et du Réel? La science dite moderne a écarté l'énonciation du processus de validation de ses énoncés et rendu obsolètes les restrictions de jouissance instituées par le Nom-du-Père. Le champ de l'Autre s'est appauvri avec le développement de la nouvelle économie psychique, et la promotion des jouissances dans le corps. La destitution du politique, ne représente-t-elle pas le symptôme d'une extension dans le lien social du recours à l'économie du signe? En conséquence, l'inquiétante vigueur retrouvée par les nationalismes peut être interprétée comme un recours dans une impasse, celui de présenter le médicament avec cette jubilation addictive, en brandissant leur solution, pour nous guérir du “ce n'est pas ça”, soit, pour éliminer l'altérité en mobilisant le poison de la ségrégation.

Mots-clés: nom-du-Père, lien social, addictions, nationalisme, modernité.

CÓMO CITAR: Tuirán Rougeon, María y Candiago, Philippe. “Desamarre. Malestar en lo político y crisis de los discursos: de una posible continuidad entre adicción y nacionalismo”. *Desde el Jardín de Freud* 20 (2020): 259-268, doi: 10.15446/djf.n20.90183.

* Traducción a cargo de Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Profesor asociado, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia. e-mail: pesanmiguela@unal.edu.co

** e-mail: m.rougeon@free.fr

*** e-mail: phi.candiago2019@outlook.fr

© Obra plástica: Powerpaola

“NO ES ESO”...

Pésaj indica el paso de la sombra a la luz del pueblo hebreo cuando se libera del yugo del faraón. ¿Conmemoración o rememoración? Es fiesta colectiva tanto como camino personal al que cada cual puede sentirse invitado en momentos sucesivos a interrogar su propia salida de Egipto, camino que puede haber recorrido para separarse de las referencias arcaicas de sus escenarios infantiles a fin de no hacerse esclavo consintiente durante su existencia. ¿Por qué se viene a ver a un psicoanalista? Rara vez para hacer un análisis. De hecho, frecuentemente vamos a ver a un psicoanalista porque alguien que nos agrada y al que le tenemos confianza nos ha dado sus datos diciéndonos “es un tipo bien, ya verás, ve a verlo”. ¡La dimensión de la transferencia ya está ahí, por qué no! Si vas a verlo, lo verás tú mismo. Puede parecer curioso que, de esta manera, la visión sea lo que se destaca. ¿Acaso hemos escuchado a alguien decir “ve a que te escuche un psicoanalista”? Eso daría para risa. Solo en el trayecto de la cura esa mirada, movilizadora de esa manera, se reconfigura en un “eso me mira / eso me concierne”, modalidad laica del Pésaj. Un ser hablante va adonde un psicoanalista para resolver un malestar, un dolor articulado no tanto con un síntoma sino con la dominación que este puede ejercer sobre su existencia, como obstáculo para lo que él considera ser su acceso a la felicidad, que le impide avanzar y lo hace dar vueltas en círculo.

Esta dificultad, que es el hallazgo de Freud, se articula con la realización de la vida sexual; las molestias del hombre empiezan con esta, justamente en calidad de dominada por un síntoma, ese “no es eso” que, no obstante, la hace posible en su especificidad: la de no estar organizada por el instinto sino por la pérdida de un objeto que es sustituido por un semblante. Ese “no es eso” entre un hombre y una mujer que la neurosis interpreta con un “eso no funciona”. Charles Melman precisa sus coordenadas: “No esperan lo mismo el uno del otro: una mujer espera de su marido ese instrumento que su madre no le dio, para que llegue a ser suyo; y el hombre, entre más ama a su mujer, más desea a otra”¹. Dos años antes afirmaba ya que el cónyuge era “el lugar privilegiado del extravío y es obviamente lo que hace de ese dispositivo algo particularmente propio para el teatro, porque es por supuesto lo que nos seduce

1. Charles Melman, *La nouvelle économie psychique. La façon de penser et de jouer aujourd’hui* (París: Érès, 2009), 24-25.

de la escena, tanto en el tipo de extravío que especifica la comedia como en el que caracteriza a la tragedia”².

En un artículo precedente recordábamos la definición que daba Freud de lo sexual, esa falta por disimulo que él tomaba de Silberer:

Este tema de la disimulación ha de entenderse allí igualmente como indicando la represión originaria; porque, después de todo, si no podemos hablar de lo sexual sin un cierto sentimiento de culpa, si no podemos presentarlo a la mirada del gran Otro, esta disimulación es también la condición para que podamos hablar juntos sin que enseguida explote la guerra u otra cosa. Esto remite a lo que se encuentra constantemente significado, en un lugar que, al escapar a toda ocupación, al mismo tiempo escapa a la representación, un lugar efectivamente de disimulación, parapetado de la realidad. Lo entendemos aquí como un anudamiento *RSI*: lo real de lo que cae bajo el efecto de la represión, que escapa a la representación; lo simbólico de la palabra, garantía del hecho de la dimensión Otra en acción; y lo imaginario propio del cuerpo.³

Al retomar el trabajo de Freud, Lacan concluyó con esta fórmula decisiva: “no hay relación sexual”, y podríamos prolongar su comentario con esta aserción: “tampoco en la vida colectiva”; un “no es eso” que nos recuerda regularmente el “ciudadano a las urnas”⁴.

CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN

En Francia esta vida colectiva se ha visto agitada desde hace varios meses por lo que se ha dado en llamar “crisis de los chalecos amarillos”. Nos parece delicado volver sobre un movimiento del que tanto han hecho escándalo nuestros medios de comunicación, virtud de esta información ininterrumpida que ha desatendido los discursos en pro de una presentación de imágenes. Acaso nos aventuremos, a pesar de todo, a interrogar ese movimiento que vino a desafiar a un poder político aliado con las exigencias de una racionalidad científica que, tal vez, ya no escucha en la protesta más que un defecto de comprensión que puede reducirse a punta de pedagogía.

Sorprendentemente, ese movimiento se instaló inicialmente en las glorietas, dispositivo circular que los automovilistas bien conocen, donde las reglas de prioridad se invierten, pasando en un abrir y cerrar de ojos a nuestro dualismo político: de derecha a izquierda. De ordinario, todo usuario de la ruta puede tener la experiencia de ese girar en círculo hasta que algo le indica la dirección que debe tomar. Es bien raro que en ese momento lo capte como el hallazgo de un destino inédito. Si esa indicación rompe ese girar en círculo, su ambición es la de conducirnos por los



2. Charles Melman, “Qu’est-ce la connerie?”, en *Travaux pratiques de clinique psychanalytique* (París: Érès, 2013), 209.
3. María Tuirán Rougeon y Philippe Candiago, “Charlie: muerto de la risa”, *Revista Desde el Jardín de Freud* 17 (2017): 117-125, doi: 10.15446/djf.n17.65519.
4. Evocación del “Aux urnes, citoyens!”, expresión a la que se ha recurrido desde la Quinta República para llamar a los ciudadanos franceses a defender la democracia, y hasta para la promoción de una ciudadanía europea [N. del T.].

itinerarios señalizados de un gregarismo realizado. Una glorieta, salvo cuando se sale de esta, es un espacio en donde uno se desplaza sin desplazarse, en cierta forma; un “sin desplazarse” que optaremos por articular con el rechazo de la representación de un movimiento, inmóvil en adelante.

Fue muy comentado el detonante: el rechazo a pagar un impuesto más, que apela a ese viejo asunto del consentimiento en el impuesto, que está en el corazón de la vida política. Política viene del latín *politicus* relativo al gobierno, este a su vez inspirado en el griego *politikos* que tiene que ver con los ciudadanos, pero también, en un uso popular, “lo que encuentra el favor de los conciudadanos”. De esta etimología parecen surgir ciertos comentarios; por una parte, lo político y los ciudadanos están íntimamente vinculados, ante todo porque la política se inscribe en un dirigirse al ciudadano; por otra parte, no hay política que no articule una dimensión individual y una colectiva, cuyo lugar de anudamiento es, en cierta forma, la ciudadanía; no es posible ser ciudadano sino en referencia a otros, a un conjunto que adquiere consistencia por la exclusión de un término que deviene lugar de domicilio para los elementos de este conjunto, lugar lógico que puede llegar a ser habitado por diversas figuras imaginarias. En la Grecia antigua, y probablemente en el mundo romano, *ciudadano* es una palabra que se asocia con “condición de ciudadano” y con “derecho de ciudad”. Solamente hacía parte de la ciudad quien pagaba el impuesto; los esclavos y los miserables quedaban excluidos de la ciudadanía. La exclusión, que procede distinguirla de la segregación, está inscrita en la lengua e institucionalizada por lo político.

El asunto de consentir en el impuesto fue reactivado en la Inglaterra del siglo XIII. Arranca ya con una insurgencia, la de los varones ingleses ante el amo, insurgencia que culminará en la firma de la Carta Magna en 1215, que reconfigura el lazo que une al pueblo con su soberano. En adelante el pueblo paga menos el impuesto, pago al cual no deja de atender por haber consentido en la obligación para con aquel que ya no es sino un semblante de amo que tiene a cargo representarlo. El ciudadano queda a paz y salvo, aliviado de una carga, por un tiempo, puesto que tendrá que renovar ese gesto de confianza, privarse de una parte de goce para ganar una tranquilidad unida a la promesa de que esa pérdida será invertida por sus representantes en pro de un interés común, cuyo diezmo recibirán indirectamente él y sus descendientes más tarde, en cierta forma. Consentir en el impuesto se convertirá de esta manera en el cerrojo que conducirá al parlamentarismo moderno, a ese sistema de representación, como distorsión en esta geometría del círculo.

La imposibilidad, incluso el rechazo, de nombrar representantes a los que se han manifestado en el movimiento de los chalecos amarillos, nos parece dar cuenta de la emergencia del individuo sociológico que describe M. Gauchet, individuo que se

dice de una comunidad de hermanos, todos lo mismo, todos iguales, sin referencia a una dimensión tercera, desembarzados del “al menos uno”, producto del desamarre que nuestra modernidad favorece entre trascendencia e inmanencia. Gauchet ubica la emergencia de este “individuo sociológico” en los comienzos de nuestro siglo XXI:

Desde los años 2000 parece emerger una nueva faceta de la individualización a la que denomino ‘subjektivismo afectivo e identitario’. En adelante el acento recae en la expresión de sí, en la tormentosa búsqueda de la identidad personal, el culto a las emociones, la búsqueda del reconocimiento. Ya no ocupan el primer plano la independencia personal o el estatuto de derecho del individuo sino la experiencia íntima y las relaciones privadas con el semejante.⁵

¿Es por no poder hacerse representar que ese movimiento se reunió bajo el signo de un objeto como presentación de una identidad colectiva? ¿Se trata de una identificación en lo que se juega en el seno de ese movimiento o de compartir un rasgo imaginario? En otras palabras: ¿ese rasgo que los reúne es del orden del significante, con lo que ello implica, es decir, la inscripción en el registro de la palabra y por lo tanto de la dimensión simbólica; o es del orden del signo, signo que solo se apoya en lo imaginario y que, como tal, está sometido a los caprichos de la moda, del viento que pasa? Ese chaleco no es cualquier objeto: los poderes públicos lo impusieron a los automovilistas por su seguridad. Cuando nos varamos o cuando hay un accidente, experimentamos la efracción de un real, de algo que no debería estar ahí, enfrentados a una desorientación, con afectos de incredulidad, de desesperanza, de injusticia a veces, y luego, en un segundo tiempo, el pedido de ayuda a alguien caritativo, experiencia que no deja de recordar las que precozmente inauguran la entrada del ser hablante en el circuito de la demanda. Y justamente de demanda se trata. Se advierte en la gran disparidad de reivindicaciones, algunas encontradas, reivindicaciones de las pequeñas diferencias, como puntos dispuestos a igual distancia del centro, que barren con los cuerpos intermediarios, y que se dirigen directamente a un amo para despedirlo, pero también para pedirle justicia y atención. Continuidad del individuo sociológico con el individuo jurídico propuesto por Gauchet cuando evoca

[...] la movilización por los derechos de las minorías o de las víctimas. También a nivel doméstico, muchos litigios (en el trabajo, en la familia) pasan por el recurso al derecho y a la justicia; por eso a este periodo yo lo llamo la ‘fase jurídica’ de la individualización.⁶

La política no es solo lucha de poder; es un arte. Arte de convencer, arte de acceder a ese poder para, en el mejor de los casos, contenerlo, dividirlo; es lo que Montesquieu había llamado diestramente “la facultad de impedir”, de impedir hacer

5. Marcel Gauchet, “Trois figures de l’individu”, *Le Débat* 160, 3 (2010): 72-78, doi: 10.3917/deba.160.0072.

6. *Ibíd.*

uno. Entre más se doma el lugar del poder, más los que recurren a este o lo cuestionan se escuchan; fue así como nacieron esos lugares de conversación, ese cerrojo parlamentario cuya función es impedir el poder de hacer uno.

La política es un arte en el que, contrariamente al refrán, no todos los golpes están permitidos, lo cual jamás ha impedido recurrir a las manipulaciones, a las invectivas, a las falsas noticias en la conquista del poder. El recurso a la propaganda no es una novedad; se despliega cuando el enfrentamiento simbólico cede ante el enfrentamiento imaginario o el real. En cambio, lo que puede sorprendernos son los recientes éxitos electorales que esas derivas han permitido forjar en democracias de las más realizadas. ¿La invectiva, la manipulación y la denuncia de enemigos situados tanto afuera (ese extraño que se hace invasor) como adentro (con la rehabilitación de la repugnante figura de los corruptos), las élites, los intelectuales, y además ese inquietante retorno del antisemitismo, están llamados a convertirse en lecho de futuras victorias electorales? Emergen personajes inquietantes. Nos inquietan por convertirse en muralla contra amenazas imaginarias. Una muralla no apostilla nada en el campo de la representación, hace presente una disposición real que esboza la topografía de un interior amado, que ha de protegerse de un exterior hostil. Sabemos que ese clivaje puede reproducirse al infinito, sin otra materialidad que la de un rasgo de pertenencia, la de la designación de una amenaza pesada contra esta unidad que entre más se afirma más se retracta en un llamado a una segregación que siempre puede ahondarse más. No es necesario llegar a ser historiador para tener en la memoria la rapidez con la que en 1990, en una Europa pacificada, se cometieron los peores atropellos durante la descomposición nacionalista de la federación yugoeslava.

Si la política consiste en “impedir” la *hybris* del poder, lo hace cuando justamente nos invita a abandonar nuestras referencias identitarias para intentar determinar las conductas que han de adoptarse para que la vida prevalezca. En otras palabras, consiste en inventar otros tratamientos de lo real diferentes a la incansable movilización de nuestros escenarios infantiles. Recuérdese a esos dos hombres de estado, Anwar el-Sadat y Menájem Beguín, dos enemigos que nada tenían de angelitos; combatientes y, por qué no, terroristas en un momento de su recorrido, decidieron, con otros pocos, separarse de sus referencias nacionalistas, religiosas, identitarias, para buscar las coordenadas de una paz posible entre sus dos países. Recibieron uno y otro el Premio Nobel de la paz, y uno de ellos fue asesinado por quienes, en su campo, consideraron esa paz como una traición de esas referencias arcaicas.

Son referencias similares que se abren camino sobre la erosión de lo político que habita las democracias occidentales desde hace ya varias décadas. ¿El individuo desencantado que describe Gauchet, “ese individuo que se presenta desde el ángulo de

la emancipación personal, del hedonismo, del narcisismo [...] que se emancipa de las normas sociales”⁷, recusa la disparidad de lugares que articulan los discursos, disparidad que ancla al hombre político en su falta constitutiva, en pro de una sumersión en una economía generalizada de la demanda y del consumo?

UNA DESARTICULACIÓN DE LO SIMBÓLICO Y DE LO REAL

Alejados de estas consideraciones, aun cuando muy afines, los que trabajan en establecimientos de salud o de acción social no pueden más que constatar una desafección creciente ante la enunciación en la organización de un trabajo que progresivamente priva a los oficios del arte de su domicilio, para sustituirlos por “procesos” de producción implementados por los “llamados a” intercambiables. La armonización está en su apogeo. ¿Por qué tenemos dificultades para continuar llamando instituciones a esos establecimientos? Porque sencillamente la institución supone que real y simbólico estén anudados, es decir que lo simbólico instituye un real que en cierta forma destituye la pretensión totalizadora del significante. Si ese movimiento ha podido tener como garante el nombre del padre, lo que está en juego es claramente la articulación de lo *begriff* y de lo *unbegriff* propios del significante que organiza un enigma, y por qué no ese padre, que se forja en esta formalización que Lévi-Strauss llamó cultura de alianza, ese agujero en anillo en el que se afirma la promesa de los jóvenes consortes.

Podemos constatar que este enigma ha sido maltratado, y hasta puede suscitar una forma de sospecha. Las manifestaciones de la equivocidad son percibidas fácilmente como chistes malos, como la expresión de una mala voluntad, y hasta como una violencia ejercida contra la integridad del individuo. Las cosas ocurren como si nos hubiéramos embarcado en una aspiración por inscribir la acción colectiva en una serie de enunciados en donde cada palabra debería designar una cosa.

El surgimiento de la noción de individuo, en oposición a la colectividad, al grupo, a la familia, es un avance considerable en nuestras sociedades y una condición fundamental para el psicoanálisis, que nos convida a no ceder en nuestro deseo, a partir de un tener en cuenta lo que quiere decir hablar. Más que el individuo y el proceso de individuación, nuestro asunto recae en el despliegue de un individualismo que, bajo la doble influencia de la ideología de la ciencia y del “no hay discurso del capitalismo” erige sus dictados a la libertad individual sobre la desafección colectiva del Gran Otro y de la transferencia. Este individualismo, en un movimiento de perversión del principio de igualdad, lleva a todos y cada uno a poner por delante su pequeña diferencia, a reclamar un reconocimiento al mismo tiempo que se deshace de la dimensión colectiva: un individuo positivado anclado a su objeto también positivado.



7. Marcel Gauchet, “Le nouvel âge de l’individu. Rencontre avec Marcel Gauchet, propos recueillis par Jean-François Dortier”, en *L’individu contemporain* (Auxerre: Editions Sciences Humaines, 2014), 50-55.

¿Ese positivismo del hombre se encuentra con la ciencia? Hace muy poco algunos responsables de políticas de protección de la infancia insistían en la necesidad de construir la observación de las competencias parentales a partir de criterios objetivos. Una pregunta sencilla (“¿sabemos, en lo que nos concierne a nosotros mismos, cómo hicimos con nuestros hijos, y así mismo, podemos dar fe de las competencias que convocamos?”) hizo que asomara una complicación, sin por ello provocar ningún desplazamiento en sus intenciones. Decididamente, en la mesa no cabía que se propusieran observar.

La ciencia moderna introdujo a partir del siglo xiv una separación entre habilidad, saber práctico y conocimiento. Esta autonomía de los conceptos ya no moviliza un simbólico que choque con un real tejido en la trama de una enunciación, sino un simbólico depurado de lo real, que sitúa a este al cabo de una cadena homogénea de enunciados; un real por conquistar, de alguna manera, al ritmo de la extensión de los adelantos de la ciencia.

De cierta forma, la ciencia en su proceder solamente puede arrojar desprestigio sobre el nombre del padre, que le es antitético. La limitación de goce que este instituye en la cultura se disuelve en un desafecto ante el “no es eso”; que es también desafecto de la vida sexual, del goce extracorporal, aquel que requiere, nos dice Lévi-Strauss, del consentimiento del otro en provecho de un goce del cuerpo. Lo que orienta el lazo social ya no es el objeto faltante del deseo sino el objeto en demasía, desplazamiento que Charles Melman articula en la instalación de lo que él llama “la nueva economía psíquica”. Economía que no es nueva en sí; su innovación consiste en que deviene norma social. Una norma en que las adicciones son puestas al servicio del progreso, como nos lo indica nuestra dependencia incesantemente acrecentada por los objetos, tanto los de la economía de mercado como los que se deslizan en la relación de atención y acción social. Los más logrados son los objetos conectados que tejen articulando nuestro ideal de progreso con el campo de las adicciones.

La ideología de la ciencia, para retomar el término de Lacan, no es exactamente equivalente al proceder científico; si este no se deja contaminar por lo real para desplegar su proceder, se requiere de ese viraje en ideología para que la articulación entre simbólico y real, ese proyecto de tomar a cargo el dolor de existir, sea insultado, por medio del establecimiento de una escritura desprovista de las escorias de la enunciación.

Durante nuestras jornadas sobre toxicomanías que tuvieron lugar en París, Charles Melman proponía la existencia de una posición aún entre ciencia y toxicomanía. Recordaba que quien se adentra en el circuito de la toxicomanía no sabe que está dejando una economía psíquica por otra, que es, en sentido estricto, una economía del signo. Una economía simple de presencia y de ausencia, que no es un sistema

inédito para el ser hablante (puesto que cada niño viene a constituir allí su demanda), sino cuando esa mutación esencial, subraya, redistribuye las cartas, y en donde, en adelante, la presencia solo adquirirá su sabor por el fallo radical que subraya, y donde la ausencia lo único que hará es articular la permanencia, la garantía del retorno. Es justamente esta redistribución de las cartas la que nos parece afectada, en donde la desmentida de la representación es en cierta forma su síntoma.

En el seminario que este autor dirigió luego sobre las paranoias, vuelve al asunto espinoso de la facultad de la ciencia para favorecer un desamarre entre simbólico y real, no por voluntad, podríamos decir, menos aún por ciertos oscuros cálculos, sino simplemente por el uso del cálculo; desamarre que favorece una destitución de lo político, consustancial de una invitación a privilegiar esta economía del signo. En este seminario propone la siguiente lectura: que el nacionalismo no es una ideología sino una mercancía política.

Una ideología se dirige a la reflexión y tiende a ganar adhesión intelectual; en cambio la mercancía que estoy evocando no pasa en absoluto por el mismo lugar. Se pasa de tono, es obscena e implica simplemente el hecho de saber si gusta, si parece que la mercancía es estimulante, buena, agradable, si “agarra” o no. Eso es lo que determina la clientela.⁸

EL NACIONALISMO, ¿UN PHÁRMAKON?

Plantearemos aquí que la desmentida que recae en la representación que resulta de una crisis de los discursos marcha al mismo paso que la generalización de la adicción en el lazo social. Colectivamente hacemos el mismo descubrimiento que el toxicómano en su experiencia singular: la de descubrir que este objeto no es el que es; tampoco el objeto del consumo es el que es. El toxicómano lo sabe, porque le toca aumentar la dosis: la sobredosis está inscrita en cierta forma en el horizonte de su proceder. ¿El consumo generalizado, la adicción como norma, que induce el desamarre entre simbólico y real, reproduce este efecto de falta también con ese sentimiento de depreciación de los que lo experimentan a la manera de una frustración injusta? He aquí un significante que se ha instalado en todos los niveles de la vida social, significante que las sirenas nacionalistas supieron cosechar para vender su programa a los consumidores decepcionados y venidos a menos. Los nacionalismos se presentan menos como una alternativa política que como una modalidad de tratamiento del “no es eso”, blandiendo su causa original, siempre queriéndonos curar de la alteridad; se presentan como el *phármakon* capaz de curarnos por fin de la insatisfacción propia a la condición humana, capaz de curarnos de nuestras “palabras con el veneno de la segregación”.

8. Charles Melman, *Les paranoias. Séminaire de l'ALI (1999- 2001)* (París: Érès, 2014), 232.

El toxicómano le apuesta a poder prescindir del otro (con y sin mayúscula); se defiende de nuestra alienación en el lenguaje, en los otros, en la dimensión colectiva. De hecho, no pueden hacer grupo; cuando se reúnen, es el producto lo que viene inmediatamente a servirles de seña, como la cruz de las farmacias. Y es justamente por eso que podemos preguntarnos si en esta sociedad de adictos no estaríamos asistiendo a un desamarre entre el ciudadano —que ocupa un lugar de semblante articulado en un dirigirse al otro— y el individuo liberado de la trascendencia, que únicamente la logra situar en una relación imaginaria con los otros, con este predominio de una demanda ansiosa de reconocimiento y esta sumisión a la mirada que lo lleva a atrincherarse en la paranoia. ¿Podemos interpretarlo como una crisis de los discursos en la medida en que hay una homología entre política y discursos que se sostienen por los lugares irremediabilmente diferentes y solidarios cuyo diálogo hace lazo social?

BIBLIOGRAFÍA

- GAUCHET, MARCEL. "Le nouvel âge de l'individu. Rencontre avec Marcel Gauchet, propos recueillis par Jean-François Dortier". En *L'individu contemporain*. Auxerre: Editions Sciences Humaines, 2014.
- GAUCHET, MARCEL. "Trois figures de l'individu". *Le Débat* 160, 3 (2010): 72-78. doi: 10.3917/deba.160.0072.
- MELMAN, CHARLES. "Qu'est-ce la connerie?". En *Travaux pratiques de clinique psychanalytique*. París: Érès, 2013.
- MELMAN, CHARLES. *La nouvelle économie psychique. La façon de penser et de jouir aujourd'hui*. París: Érès, 2009.
- MELMAN, CHARLES. *Les paranoias. Séminaire de l'ALI (1999- 2001)*. París: Érès, 2014.
- TUIRÁN ROUGEON, MARÍA Y CANDIAGO, PHILIPPE. "Charlie: muerto de la risa". *Revista Desde el Jardín de Freud* 17 (2017): 117-125. doi: 10.15446/djf.n17.65519.

